



Editorial de la Universidad  
Tecnológica Nacional

## **La decisión (*cuento*)**

Diego Martín Ferreyra

*Febrero de 2011*

**Facultad Regional San Francisco  
Universidad Tecnológica Nacional – U.T.N. Argentina**

Editorial de la Universidad Tecnológica Nacional – edUTecNe

<http://www.edutecne.utn.edu.ar>

[edutecne@utn.edu.ar](mailto:edutecne@utn.edu.ar)

© [Copyright] La Editorial de la U.T.N. recuerda que las obras publicadas en su sitio web son de libre acceso para fines académicos y como un medio de difundir la producción cultural y el conocimiento generados por docentes universitarios y autores auspiciados por las universidades, pero que estos y edUTecNe se reservan el derecho de autoría a todos los fines que correspondan.

## LA DECISIÓN

Diego M. Ferreyra (2011)

Julio caminaba de arriba abajo por la oficina, teléfono en mano. El aire acondicionado no llegaba a disimular algunas perlas de sudor. Daniel escuchaba la conversación y tomaba nota mentalmente de los detalles. Algunas frases sueltas le hacían arquear las cejas ligeramente. Después de los saludos finales, Julio cortó y se dejó caer pesadamente en su sitio tras el amplio escritorio. A pesar de su visible preocupación, sus pujantes treinta y pico exudaban seguridad.

—Bueno, ya lo escuchaste vos mismo de primera mano, Daniel. ¿Qué pensás?

Daniel, cinco o seis años menor que él, era su mano derecha en la planta. A pesar de la diferencia de edad, estaba sintonizado con el estilo de Julio. Comprendía la profundidad de aquella pregunta.

—Y... si te tengo que ser franco, estamos complicados. Hoy nos faltaría bastante infraestructura, gente, tiempo, para llegar a hacer todo lo que te pide. Tendríamos que revisar varias cuestiones de diseño, preparar prototipos, hacer ensayos...

—Sí, ya sé, pero viste la oportunidad de ventas que nos plantea, ¿no? Sería el empujón que necesitamos para poner definitivamente un pie en el exterior. Vos sabés cómo es la situación para una empresa de nuestro tamaño, no podemos seguir exportando de puro *hobby*, como decía mi viejo...

Con la mención del finado, Julio se detuvo unos instantes y su voz, aunque sin quebrarse, se tornó ligeramente más impostada, como si de repente hubiera envejecido más de veinte años.

—En fin, en un par de años tendríamos que llegar a exportar más o menos un veinte por ciento de la facturación. Con el cinco por ciento de ahora, nos comen vivos los gastos administrativos, son operaciones muy chicas. Si logramos subir el nivel de exportaciones, más allá de diversificar los mercados, podríamos pararnos en una rentabilidad más decente. El contador ya me lo demostró mil veces en los papeles. Ésta es la oportunidad de pegar el salto y plantarnos más firmes.

—Sí, lo entiendo perfectamente, estoy de acuerdo, pero para largarse con esto, ¿vos ya tenés algo en mente?

—Tengo algún par de ideas dando vueltas en la cabeza, pero antes que eso... Mirá, Daniel, vos sabés muy bien que desde que tengo que llevar adelante la empresa, te dejé bastante solo en la oficina técnica, y vos te las ingeniaste para mantener andando todo lo que antes hacíamos entre los dos. También sabés que trato de que no te falte nada para que sigan marchando los proyectos y se mueva la producción.

Daniel asintió con una leve sonrisa. Aunque no había entrado en una multinacional como soñaba con sus amigos cuando estudiaba ingeniería, había

encontrado en esta PyME espacio más que suficiente para crecer. Al haber entrado como pasante, ya había recorrido bastante camino como para llegar a un nivel de experiencia interesante. Con su edad, estaba satisfecho: a escasos tres años de haberse recibido, tenía a su cargo el área de desarrollo de la fábrica. Tal vez no ganaba tanto como un par de sus compañeros de estudio en una automotriz, pero al menos se sentía con más libertad.

—Por eso pensaba —continuó Julio— que viéramos junto con vos cómo encarar este proyecto, quería escuchar alguna idea tuya. Si logramos certificar la máquina antes de fin de año, entramos. Lo que no quisiera es que nos recarguemos todavía más de trabajo los pocos que somos, no tendría sentido. Después, seguramente descuidamos otra cosa...

—No, ya sé —repuso Daniel resueltamente—. Mirá, yo ya estuve revisando bastante a fondo las especificaciones que te pasaron para revisar el diseño. Yo diría que podríamos hacer lo siguiente...

Ante la breve pausa estratégica, Julio enderezó su sillón ejecutivo y apoyó el celular con el que había venido jugueteando desde que había terminado la comunicación.

—Lo que te propongo es que derivemos todo el bloque de estudios y ensayos eléctricos al laboratorio de la facultad, y que a la parte mecánica e hidráulica la manejemos nosotros mismos, puertas adentro. Con la gente que ya tenemos en el área de desarrollo más el pasante que acaba de entrar, tendríamos que llegar sin problemas para esas dos cosas. Pero viste que la parte eléctrica es la más extensa de lo que piden, y si la tuviéramos que encarar nosotros, nos tendríamos que poner a tono con varias normas que no conocemos muy de cerca. Para lo otro, estamos más a tiro, hasta podemos hacer los ensayos nosotros mismos. Me parece que tendríamos que derivar sólo esa parte eléctrica, no sé qué opinás vos. Entiendo que en el laboratorio eléctrico de la facultad nos podrían dar respuesta sin problemas, hasta donde yo sé, tienen equipamiento suficiente y a las normas eléctricas las manejan bastante bien.

El celular de Julio volvió a bailotear sobre el escritorio y su sillón se inclinó nuevamente. Después de unos segundos, articuló una respuesta.

—Vos te referís al laboratorio que dirige Toso, ¿no? A vos también te dio clases, ¿cierto?

—Sí, ese mismo, no hay otro laboratorio del área eléctrica, los demás están todos relacionados con las otras carreras. Toso trabaja muy bien ahí; por lo que sé, tiene varios becarios trabajando con él, con algunos de ellos he tenido algo de trato recientemente. Parece que han hecho varios estudios por su cuenta, le suelen hacer ensayos de seguridad eléctrica a algunas fábricas de la zona, y tienen un equipamiento bastante completo. Hay otra cuestión —continuó mientras Julio lo seguía impasible—, aunque nuestra facultad es chica, la tenemos aquí mismo, en la ciudad, no tendríamos que movernos hasta la capital para buscar otras universidades. Para desarrollar una certificación así, tratar con alguien a más de

cien kilómetros sería desgastante. En este caso, estaríamos a veinte cuadras, es importantísimo para ir y venir con los prototipos o para sentarse a charlar sobre los detalles de cada ensayo, ¿no te parece?

Daniel completó la idea con una verbosidad que no había previsto, e involuntariamente se sintió algo turbado por demostrar un entusiasmo que podía parecer excesivo. Su repentino silencio expectante reforzó aún más esa sensación.

—Mirá, Daniel —comenzó Julio pausadamente mientras se acomodaba en su asiento—, ya debe hacer como más de doce años que me dio clases, mucho no recuerdo porque me interesaban más las materias mecánicas que las eléctricas. Lo recuerdo con respeto, eso sí, al menos era un tipo muy coherente para dar clases. Medio pesadito el examen, ¿eh?

Ambos jóvenes sonrieron con un aire de antigua complicidad estudiantil, pero Daniel seguía en actitud inquisitiva.

—De todos modos, ¿a vos te parece que Toso nos podría responder con los tiempos? —retomó Julio—. Sé que el tipo es muy capaz y responsable, pero mirá que en la facultad se manejan otros tiempos.

—Yo también lo pensaba así, pero sigo en contacto con algunos chicos que están terminando de cursar y parece que se viene trabajando bastante mejor. Hace más de quince años que este laboratorio está en marcha, y...

—Ojo, insisto, los tiempos en lo público no son los mismos que en lo privado. Si trabajáramos aquí como se trabaja en la facultad, los clientes nos comerían crudos a los quince días, ni hablar de quince años.

Daniel sintió un leve estremecimiento y momentáneamente se arrepintió de su propuesta. No había ideado un plan B, como solía hacer para sentirse más seguro. Apenas se había puesto a analizar el tema, había apostado todas sus fichas a esta idea. Un par de años antes, habría descartado de plano una propuesta semejante de la misma manera que Julio, pero su contacto con la facultad después de recibirse le había hecho ablandar su postura. Tendría que haber previsto esta situación.

—Pero Toso no es así, me parece —atinó a decir, como para ir ganando tiempo—. Además, las universidades están trabajando mejor en investigación, la nuestra también.

Julio se levantó despaciosamente y se acercó a la ventana desde donde tenía un panorama bastante completo de la planta. El murmullo apagado de la maquinaria los había acompañado ininterrumpidamente durante toda la reunión. Sólo la descarga de materiales de un camión había alterado levemente el ritmo. Se volvió hacia Daniel y se apoyó contra el alféizar con los brazos cruzados.

—¿No te parece mejor que busquemos una consultora privada? Sé que a lo mejor puede ser un poco más caro, pero sería más contundente, si lo pensamos como inversión...

—Yo me jugaría por probar esta otra alternativa. —Daniel se reanimó—. Ya viste la experiencia que tuvimos con el primer asesor de calidad que contratamos para las ISO 9000, no nos fue tan bien. Hasta que conseguimos a alguien que nos guiara decentemente, se gastó bastante plata y tiempo, que no se pueden contar como inversión.

—Sí, ni menciones a ese chanta, ni hablar. De todos modos, yo pensaba que me ibas a sugerir algún tipo de asesoría externa, no había pensado ni remotamente en la facultad. A lo mejor vos, que estuviste haciendo esos cursos de posgrado, viste algo más de movimiento ahí adentro, yo no lo habría pensado así cuando terminé de cursar.

Ante el silencio dubitativo de Daniel, Julio hizo una breve pausa y de repente aligeró el tono, como si hubiera decidido sacarse algo de encima.

—Te confío una cosa: a veces mi viejo lo mencionaba a Toso, eran más o menos de la edad y habían tenido trato cuando Toso trabajaba para el que nos fabrica los tableros...

—¡Ah! ¿Trabajó en una empresa? —interrumpió Daniel.

—Sí, en dos o tres, creo. Después, más o menos a los cuarenta años, largó todo y se metió de lleno en la facultad. Hasta entonces, había venido trabajando de día y dando clases de noche.

—Mirá vos, un tipo tan reservado, no sabía nada de todo eso, con razón la tenía clara sobre varias cuestiones de la industria, pensé que siempre había dado clases y nada más.

—Sí, en su momento llegó a ser casi un referente en lo suyo. Sé que cuando renunció a esa empresa para irse a la facultad, se vino abajo la calidad de los tableros que hacían, parece que dependían demasiado de él. Eso fue un tiempo antes de que yo entrara a la fábrica, y recuerdo que mi viejo comentaba que encima de que hay pocos ingenieros en producción, algunos se van de la trinchera.

Daniel se volvió a sentir ligeramente incómodo y se dispuso a pensar en otras alternativas. Se le cruzó por la memoria un comentario que Toso había hecho cuando cursaba con él: "En las empresas, muchas veces las funciones de un cargo se hacen depender demasiado de la persona que lo ocupa". Sin embargo, siguió escuchando sin interrumpir.

—También me acuerdo —continuó Julio— de cuando yo iba a empezar a cursar con Toso, mi viejo me volvió a comentar algo al pasar sobre la falta que haría un tipo así dentro de una fábrica más que en un aula o un laboratorio, que era medio bohemio y qué sé yo. Pero en fin...

Un silencio pesado quedó flotando unos instantes en la oficina.

—No sabía... —ensayó Daniel.

—No, bueno, pero ahora me toca a mí decidir —interrumpió Julio como pensando en voz alta.

Daniel vio el resquicio, tomó impulso y volvió a arremeter con prudencia.

—No sé, a mí se me ocurrió esto porque de tanto moverme de nuevo en la facultad empecé a ver que tendríamos que poder trabajar así, que la universidad haga investigaciones y ensayos bien específicos, y que nosotros nos dediquemos más a cuidar la producción, llevar adelante la logística de todos los días. No significa que no seamos dueños de nuestros desarrollos, ojo, podemos seguir haciendo una buena parte nosotros, pero creo que necesitamos una mano con todo eso. Así como uno terceriza la asesoría legal o la contable, uno puede tercerizar asesorías técnicas, ya lo sabemos, y qué mejor que derivar este tipo de cosas a una universidad cada vez que se puede. Ya sé que todavía no es muy común en nuestro país, pero me parece que es la manera que se tiene que venir, que las empresas nos acerquemos más a las universidades. Fijate que en Europa o en Estados Unidos eso es lo más común, y mal no les va.

Esta vez, Daniel cuidó el ritmo de su exposición y moderó su vehemencia. Estaba convencido de lo que decía, pero no quería resultar demasiado insistente. Julio lo siguió atentamente y se mantuvo reflexivo unos instantes más.

—Esto llevaría algo más de tiempo de parte nuestra que si contratamos una consultora privada, ¿estarías dispuesto a seguirlos?

—Yo haría de nexo, no hay problema, puedo estar en contacto — aseguró Daniel.

Luego de un suspiro, Julio se expidió con un tono más decidido.

—Bueno, vamos para adelante. Ubicá hoy mismo a Toso y explicale todo el tema como para que te presupueste tiempos y costos. Pero sobre todo, insistile en lo de la urgencia. Espero que tengas razón, supongo que tendrás motivos para estar tan seguro.

Daniel, repentinamente reanimado, se levantó casi de un salto y llegó hasta la puerta en tres pasos.

—Entendido, no te preocupes, yo voy a mantenerme en contacto con él para que cumplamos los tiempos. A lo mejor también podemos firmar un convenio más amplio con la universidad. Más allá de los papeles, está bueno tenerse en cuenta mutuamente para cuando surgen estos proyectos, o capacitación, o también...

—Bueno, bueno, dale nomás, sólo teneme al tanto esta misma semana como para saber si está todo más o menos encaminado.

Julio dejó que Daniel abriera la puerta, luego lo detuvo con un gesto y agregó —: Y cuando lo veas a Toso, mandale mis saludos y decile que lo recuerdo muy bien.

Daniel devolvió una sonrisa afable, asintió con la cabeza y salió con paso firme hacia la oficina técnica.